

IMMANUEL KANT: TRES COMENTARIOS A SU PENSAMIENTO EDUCATIVO

Gerardo Cordero Cordero*

Resumen

El presente ensayo tiene como propósito destacar algunas de las principales tesis sobre la educación de Kant. En particular, el concepto y la finalidad de la educación, los alcances de la educación como arte y los elementos centrales en la construcción de la cultura moral, eje fundamental de toda vida humana buena y, por tanto, feliz.

Abstract

The present essay has the aim of paying attention to some of I. Kant's main thesis on education. Particularly, the concept and purpose of education, the limits of education as an art and the capital elements in the building of moral culture, fundamental support a of good and happy human life.

INTRODUCCIÓN

La obra del filósofo alemán Kant ha tenido un reconocimiento mundial entre la mayoría de los historiadores y filósofos, por su aporte principalmente en el campo de la teoría del conocimiento y de la filosofía moral o práctica. Tanto la *Crítica de la Razón Pura* como la *Crítica de la Razón Práctica* y la *Crítica del Juicio* han sido los trabajos filosóficos que han alcanzado mayor difusión y análisis crítico de parte de sus seguidores y detractores. De hecho, estas obras son consideradas como la máxima expresión de su pensamiento, pues, en ellas está concentrada su doctrina filosófica que marcó un nuevo hito en el desarrollo del pensamiento filosófico occidental.

* Profesor de Filosofía. Universidad Nacional y Universidad de Costa Rica.

Los múltiples estudios en torno a Kant se han concentrado en las novedosas propuestas filosóficas contenidas en estos textos. El pensamiento de Kant, sin embargo, incluye una serie de reflexiones en una abigarrada gama de temas de distinto orden. Entre sus múltiples obras se pueden destacar cuestiones científicas de diversa índole, problemas filosóficos en general, estudios sobre religión, política, derecho, pedagogía, geografía, etc.

En este sentido, Kant fue un enciclopedista, al igual que muchos de sus contemporáneos. Herder, J. G., discípulo de Kant hasta 1764, en la Universidad de Koenigsberg, pone en evidencia su consistente e insatisfecha avidez de investigación que siempre le caracterizó al decir: "...con el mismo espíritu con que examinaba las doctrinas de Leibniz, Wolff, Baumgarten y Hume, analizaba los escritos de Rousseau publicados por aquel entonces, su *Emilio* y su *Eloísa*, al igual que cualquier descubrimiento natural del que pudiera tener noticia, para retornar siempre, una y otra vez, al libre conocimiento de la naturaleza y al valor moral del hombre" (Cassirer: 1974:105).

Me ha parecido importante aprovechar el presente número de la *Revista Praxis* dedicado al pensamiento y aportes de Kant, para hacer un breve comentario a su filosofía pedagógica, contenida en una pequeña obra (opúsculo).

Esta fue publicada en 1803, un año antes de su muerte y que ha quedado en la penumbra por el impacto de las tres monumentales obras citadas al inicio y por la innovadora producción en filosofía de la educación en la segunda mitad del siglo XVIII, en figuras tan reconocidas en este campo como Rousseau (1712-1778), Basedow (1723-1790), Filangieri (1752-1788), Pestalozzi (1746-1827), Condorcet (1743-1794), entre otros.

Este documento con el título de *Reflexiones sobre la Educación* o *Tratado de Pedagogía* fue el resultado de la recopilación de las lecciones dictadas por Kant sobre pedagogía en la Universidad de Koenigsberg en los años 1776, 1777, 1780, 1783, 1786, 1787. Tanto la recopilación como la publicación de la misma, fue obra del Dr. Friedrich Theodor Rink, que contó con la respectiva aprobación de Kant, con lo cual su contenido queda dispensado de cualquier sospecha de alteración.

Las correspondientes citas en el presente caso, han sido tomadas de la traducción del *Tratado de Pedagogía*, hecha en 1985 en Bogotá, Colombia, por Carlos Eduardo Maldonado y que se le publicó en el número 159 de la revista

latinoamericana *Educación Hoy*, correspondiente a julio-septiembre del 2004. Además, otro trabajo tomado en cuenta, es el de J. García (falta el nombre), quien ha trabajado el pensamiento pedagógico de Kant.

Estas reflexiones de mi parte, obedecen a dos propósitos centrales: en primera instancia, contribuir al homenaje de una persona cuyo pensamiento fue un desafío para el esquema filosófico dominante de su época y que gestó la apertura de nuevos caminos en la exploración y autoentendimiento del ser humano. En segundo lugar, examinar, para compartir con los lectores(as), algunos de los principios fundamentales de su visión filosófica educativa y no una descripción general de los contenidos de su *Tratado de Pedagogía*.

1. ACERCA DE LA ESENCIA DE LA EDUCACIÓN

“El hombre llega a ser hombre exclusivamente por la educación; es lo que la educación hace de él” (Kant: 2004:49).

El ser humano de acuerdo con esta sentencia kantiana es fruto de la educación. Nuestra humanidad es el producto de una serie de circunstancias que tienen su eje central en el encuentro entre seres humanos: en el entorno natural, la familia, la escuela, el estado, la iglesia, etc. Esta definición del rol de la educación, presente en cualquier organización, hace resaltar que dicha función o tarea ha sido la más importante de la humanidad en su periplo histórico universal. Sin ella no seríamos nada, así de simple. La educación es una acción intrínseca al ser humano, tan indispensable como su estructura biogenética. Todo ser humano necesita del otro(a) para poder acceder a la cultura, es decir, para devenir un ser cultural.

Ahora bien, la afirmación kantiana citada, se limita a recoger el pensamiento de otros autores sobre el tema, en especial el de Juan Jacobo Rousseau, su gran maestro en estas cuestiones, quien cuarenta y un años atrás en 1762, lo dice así: “...nacemos débiles y necesitamos fuerzas; nacemos desprovistos de todo y necesitamos asistencia; nacemos sin luces y necesitamos de inteligencia. Todo cuanto nos falta al nacer, y cuanto necesitamos siendo adultos, se nos da por la educación” (Rousseau: 1970:18).

En esencia, todo ser humano alcanza una progresiva potenciación de su humanidad gracias a los procesos educativos formales o no. El ser humano sin educación, por decirlo en forma negativa, no puede desarrollar sus potencialidades humanas; a lo sumo, quizás, pueda sobrevivir; pero sin la correspondiente



manifestación de sus virtualidades humanas. La investigación que J. M. G. Itard realizó en torno al “niño salvaje del Aveyron” en Francia, y que se publicó en 1801, demostró que un ser humano abandonado a su suerte en la etapa de su primera infancia, aunque pudo sobrevivir en su entorno natural, no consiguió desarrollar sus cualidades humanas (Merani: 1972:86-186). Kant, sin conocer la investigación de Itard, pero, siguiendo a Rousseau, señala lo mismo con un discurso más filosófico: “Un animal es todo lo que es por sus instintos; una razón ajena ya se ha ocupado de sus necesidades. En cambio, el hombre necesita de su propia razón; sin instintos, debe elaborar por sí mismo los planes de su comportamiento. Pero, puesto que él no es capaz de hacerlo inmediatamente,

ya que llega al mundo en forma tosca, otros deben hacerlo por él” (Kant: 2004:48).

La educación obedece a una urgencia biológica y moral de facilitarle o brindarle al más necesitado el apoyo necesario para que alcance su autonomía personal y su madurez racional. En esta acción está incubada la semilla del afecto o del amor, solidaridad o como quiera llamarse. Considero que otros pensadores coinciden, en términos generales con Kant y Rousseau en la definición de la educación. Por ejemplo: “...la educación es el desarrollo natural, progresivo y sistemático de todas las facultades, afirma Pestalozzi”; “la educación es el arte de formar hombres, no especialistas, nos dice Montaigne”; “la educación no es una preparación para la vida, es la vida misma, señala J. Dewey”; “la educación tiene por fin dar al alma y al cuerpo toda la belleza y perfección de que es susceptible, indica Platón” (Cordero y Quesada: 1993:32).

Kant, en consonancia con las anteriores afirmaciones, recurre, una y otra vez, en esta etapa de su exposición, a la idea de que la única posibilidad que el ser humano tiene para lograr las aspiraciones que el Creador ha sembrado

en él, es la educación. Al respecto escribe: “La Providencia ha querido que el hombre tenga que extraer el bien de sí mismo, y le dice de alguna manera. “Entra en el mundo”. Te he dotado con todo tipo de disposiciones para el bien. Te corresponde a ti desarrollarlas; tu propia felicidad o desgracia dependen de ti mismo” (Kant: 2004:51). La perfección del hombre, su felicidad dependen del hombre mismo. ¿Dónde encontrar la clave de la perfección? La respuesta de Kant es contundente, “...en la educación se encuentra el gran secreto de la perfección de la naturaleza humana” (Kant: 2004:50). La defensa de la idea de la educación como la llave de la perfección humana pierde fuerza y credibilidad a la luz de los acontecimientos que han ocurrido en la historia de la humanidad.

Lejos de haber construido un hombre más feliz y racional en convivencia con el desarrollo de los Derechos Humanos, la historia nos demuestra lo contrario: el conflicto, el enfrentamiento, la imposición, el dominio de unos sobre otros, las desigualdades sociales, entre otros, han dejado en muchos pensadores, un sentimiento de impotencia y desánimo general. Kant, como buen ilustrado, a pesar de estos escollos, se decanta por la utopía educativa positiva. “Solo sé –escribe– que nuestra idea debe ser ante todo correcta, y luego no será imposible vencer las dificultades que se presenten en el camino hacia su realización”... “...la idea de una educación que desarrolle en el hombre todas sus disposiciones naturales es verdaderamente absoluta” (Kant: 2004:50-51).

Kant no muestra el menor asomo de duda cuando afirma que la educación es el único procedimiento que hace posible la potenciación de todas las disposiciones naturales en el hombre, por lo tanto, “...no será imposible vencer las dificultades en su proceso de realización”. Se puede apreciar según lo que se ha dicho, que la confianza plena y contundente de Kant en la educación como el medio de la realización humana descansa en dos supuestos. El primero consiste en que la Providencia solo ha puesto en los hombres disposiciones naturales hacia el bien, “...en los hombres –escribe– solo existe el germen del bien” (Kant: 2004:54). Estas disposiciones hacia el bien existen en potencia, es decir, tienen que ser desarrolladas. El segundo supuesto les compete a los hombres elegir los procedimientos adecuados para que estos gérmenes naturales del bien puedan alcanzar su máxima expresión. Justamente, en esta ineludible misión que tienen los adultos con los infantes y jóvenes de contribuir a que las disposiciones naturales de estos hacia el bien se vayan materializando aunque se presenta la amenaza del mal. ¿A qué se debe que exista el mal en los hombres, según Kant? La respuesta es particularmente coherente y categórica,

“...la única causa del mal es que la naturaleza no sea guiada por reglas” (Kant: 2004:54). Para cerrar este primer comentario sobre la filosofía educativa de nuestro autor en relación con las responsabilidades absolutas de la educación, se tiene que concluir que la apuesta por la misma ha sido avalada por muchos pensadores educativos sin que la UNESCO sea una excepción. La solidez de la creencia en la energía creativa y revolucionaria de los procesos educativos no se ha perdido. La UNESCO a casi doscientos años de la publicación del *Tratado de la Pedagogía* (1803), difundió un texto en el que refuerza la utopía educativa de Kant y de muchos otros. El libro tiene el sugerente título de *La educación encierra un tesoro*. El prólogo, escrito por Jacques Delors, presidente de la Comisión Redactora, se inicia con el epígrafe de “La Educación Utopía Necesaria”.

2. ACERCA DE LA EDUCACIÓN COMO ARTE

“Puesto que el desarrollo de las disposiciones naturales de los hombres no se da por sí mismo, toda educación es un arte. La naturaleza no ha puesto en nosotros ningún instinto hacia ella. El origen, así como el desarrollo del arte, o es mecánico, sin plan, sometido a las circunstancias dadas, o es razonado” (Kant: 2004:52).

La educación debe tener un carácter acumulativo permanente. No tiene ningún sentido estar comenzando siempre de cero. Esta finalidad se logra en la medida que la educación satisfaga la necesidad de desarrollar la naturaleza humana, con base en un ordenamiento racional. “Los padres, que han recibido ya una educación, son ejemplos a partir de los cuales los hijos se forman” (Kant: 2004:53). Esta evidencia tomada de la experiencia diaria, le da el fundamento a Kant, para insistir en la urgencia de convertir la educación en un estudio serio y basado en la razón. A este estudio lo denomina Pedagogía. La Pedagogía en Kant no abandona el terreno del arte. Es, como él lo dice, arte razonado opuesto al arte mecánico. La educación no puede ser dejada a la libre expresión, a la espontaneidad de los avatares de la vida cotidiana, sino que “debe transformarse en ciencia, pues de lo contrario, no constituiría jamás un esfuerzo continuo, y permitiría que una generación pudiera echar abajo lo que otra hubiera construido” (Kant: 2004:53).

J. F. Herbart, quien ocupó entre 1809 y 1833 la cátedra que Kant había dejado en Koenisberg, es el filósofo de la educación, sentó las bases de la pedagogía como ciencia social. En su obra *Pedagogía general derivada del fin de la educación* publicada en 1806, se pregunta qué entendemos de la pedagogía como un arte razonado según Kant. La idea de la pedagogía como arte razo-

nado la asocia nuestro autor con un conjunto de consejos, máximas y reglas que orienten a los padres de familia y a los encargados de emitir las directrices educativas generales en la aplicación correcta de las mismas con el propósito, ya señalado, de potenciar las disposiciones naturales buenas en el hombre. De hecho, Kant dedica la segunda parte de este opúsculo, tal como hiciera Rousseau con *Emilio*, a señalar los errores y los aciertos que suelen darse en la educación de los infantes y de los jóvenes por parte de los adultos encargados.

La riqueza de esta propuesta educativa radica en el bien cimentado arsenal de recomendaciones para hacer que los infantes y jóvenes alcancen su madurez emocional y racional en concordancia con las predisposiciones naturales hacia el bien. Estoy seguro del beneficio que el mismo les ha de brindar en el ejercicio de sus compromisos educativos. Esta misión, sin embargo, no es nada fácil, ni puede dejarse a la elección de cualquiera. Kant está plenamente consciente de la complejidad que implica la educación. “Mejorarse a sí mismo –escribe– cultivarse a sí mismo, y, si se es malo, desarrollar en sí la moralidad; este es el deber del hombre. Cuando se reflexiona con madurez, se ve cuán difícil es esto. De aquí, pues, que la educación sea el problema más grande y más difícil que pueda proponérsele al hombre” (Kant: 2004:52).

La actual vigencia de esta afirmación no puede negarse. A pesar del avance actual en las “Ciencias de la Educación”, con todos los instrumentos informático-tecnológicos aplicados al proceso de enseñanza y aprendizaje, uno se pregunta si, en verdad, hemos avanzado, especialmente, en lo que Kant considera decisivo, vale decir, en el mejoramiento y la construcción de cada uno y de la sociedad a partir de la ley moral inscrita en la naturaleza humana. El Cardenal Óscar Rodríguez Madariaga, al iniciar la lección inaugural del año 2002 en la Universidad Nacional de Costa Rica dice para ilustrar lo anterior: “somos un gigante tecnológico; pero un enano ético”.

No se puede esconder la realidad, si la educación es el único camino, como lo reitera Kant y con él todos los pensadores educativos, este desafío continúa siendo, en especial hoy el “más grande y el más difícil”, puesto que, en la práctica poco hemos avanzado. No obstante la magnitud de la tarea, Kant, en relación con las circunstancias históricas de su época, plantea una propuesta bien razonada. Esta propuesta consiste en definir los ámbitos en que debe accionar la reflexión pedagógica, en cuanto a arte razonado. La misma en la posición kantiana tiene que ocuparse y pronunciarse en torno a los alcances y enfoques de cuatro aspectos que se consideran básicos en la formación del

hombre. El primero es la disciplina. Kant considera que una sana, pero firme disciplina es necesaria para "...impedir que la parte animal se imponga sobre la humanidad, tanto individual como en la sociedad. La disciplina consiste, por tanto, en la domesticación del salvajismo" (Kant: 2004:55). Sin disciplina, es imposible esperar nada de ningún hombre. El acto de disciplinar tiene, por su misma índole un carácter negativo. Con ella lo que se busca es evitar que la inclinación desmedida que tenemos hacia el uso de la libertad (nuestro egoísmo) se mantenga dentro de los límites de la razón y la práctica de lo bueno. Kant es un sólido defensor de la disciplina hasta el punto de afirmar que: "...a falta de disciplina es un mal peor que la falta de cultura, pues esta se puede reparar, pero el salvajismo no puede ser eliminado, ni un error en la disciplina puede ser jamás reparado" (Kant: 2004:50). En consecuencia, la pedagogía tiene una primera tarea que consiste en la reflexión sobre la forma o manera más adecuada de ejercer una disciplina coherente y consistente en la formación de los infantes y de los jóvenes, para que estos puedan, de un lado, vivir con claridad y equilibrio el conflicto entre los intereses personales y los de la colectividad y de otro, poder enfrentar, con tranquilidad de ánimo, la dureza y las cambiantes circunstancias de la vida cotidiana. Este tema es hoy cuestión de constante debate entre los pedagogos y psicólogos de la educación a la luz de las distintas teorías educativas que se han ido conformando a lo largo del siglo XX.

El segundo es la culturización que Kant entiende como el proceso de instrucción o enseñanza. Culturizar es, consecuentemente, preparar a los hombres en todas aquellas habilidades y destrezas: físicas, cognitivas, laborales, artísticas, etc., como herramientas básicas para el logro de los distintos fines y propósitos personales en cualquier sociedad. Entre estas competencias se pueden citar la lecto-escritura, el ejercicio de las funciones lógicas del pensamiento, la memoria, la capacidad de trabajo en conjunto, la práctica del arte y el deporte, etc. Esta finalidad se puede asociar hoy con la idea de alcanzar, con propiedad, el cultivo de una profesión. La pedagogía, en este aspecto, debe reflexionar en torno a la mejor y más clara manera de hacer que estas capacidades o competencias del hombre se puedan realizar en la vida cotidiana.

El tercero tiene que ver con la prudencia, no entendida, como virtud sino como sagacidad, diplomacia o civilidad. Se trata, según Kant, aunque no queda muy claro, de esa capacidad que le permite al hombre vivir armónica y creativamente en sociedad. Me atrevo interpretar que lo que Kant intenta designar es lo que hoy denominamos vida cívica o democrática, tomando en

cuenta la siguiente afirmación: "...es aquí donde pertenece ese tipo particular de cultura que se llama civilización, y que exige ciertos tipos de refinamiento, cortesía y prudencia, de los cuales los hombres pueden servirse para sus propias finalidades" (Kant: 2004:55). Vivir civilizadamente significa, entonces, saber compartir con los demás y reconocer las ventajas y desventajas de la vida social. La pedagogía tiene como tarea investigar sobre las estrategias más idóneas para que los infantes y los jóvenes encuentren en la vida social una fuente de satisfacción personal y colectiva. Finalmente, el cuarto está determinado por la moralización de los hombres. "El hombre –dice Kant– no debe estar volcado sobre cualquier fin, sino, por el contrario, debe tener también buenos sentimientos de modo que elija siempre los fines buenos, que son aprobados necesariamente, y al mismo tiempo, por todos y cada uno de los hombres" (Kant: 2004:55). Quizás este último tema de la pedagogía sea el más arduo y complejo, puesto que del mismo depende toda la educación humana.

Debe comprenderse que estos cuatro aspectos, objeto de estudio y preocupación de su pedagogía están separados por razones didácticas. En la práctica educativa los mismos están presentes en todo momento. Si se ha podido disciplinar correctamente a un infante, cuando joven la aplicación de la autoridad disciplinaria será mínima; lo mismo vale para el proceso de culturización, es decir, los procesos de instrucción están presentes a lo largo de la vida. No obstante, Kant creía que si su propuesta educativa era seguida al pie de la letra, la autonomía y la madurez emocional o sea la educación de la libertad para la consecución del bien se cosechaban a una temprana edad. Se sobreentiende que Kant se refiere a la educación básica. El cultivo de las facultades intelectuales y de la creatividad sigue a lo largo de la vida, solo que como resultado de la iniciativa individual: "¿Cuánto tiempo debe durar la educación? Hasta que la misma determine que el hombre se conduce por sí mismo; cuando se ha desarrollado ya en él el instinto sexual; cuando ya puede ser padre y deba ser educador a su vez; es decir, hasta cerca de los dieciséis años" (Kant: 2004:58). Aunque esta opinión, doscientos años después, nos parece desorbitada, sobre todo a partir de los grandes avances en la investigación psicológica, se debe tomar en cuenta la confianza de Kant en su proyecto pedagógico, que se fija exclusivamente en el hombre abstracto, "el hombre expuesto a todos los azares de la vida humana" (Rousseau: 1970:23). Es la condición humana la que tiene Kant en la mira, no esta o aquella persona o determinada situación. El hombre pedagógico kantiano, si la expresión no suena tan inusual, no tiene nada que ver con fulano(a), con este o aquel país o región. Se dirige al universal humano que como arquetipo pueda ser ejemplo para el resto de los hombres

concretos. En este sentido, que fulano(a), personas concretas, puedan asumir el control de sus vidas de una forma racional y moral a los dieciséis años y, por ello, no depender más de las instituciones educativas, es una cuestión que a Kant no parece interesarle directamente. De hecho, se sabe que muchas personas, por muy diversas razones, no consiguen ser autónomos a lo largo de sus vidas, o bien, lo logran mucho después, los jóvenes contemporáneos de Kant no son una excepción a esta regla. Vale la pena, para concluir este segundo comentario, revisar la experiencia docente de nuestro autor. No faltan algunos que argumentan que como Kant no tuvo hijos, la credibilidad de su propuesta disciplinaria con los infantes pierde coherencia y se ve debilitada por la falta de una experiencia concreta en este campo. Esta crítica no tiene asidero por cuanto su experiencia como docente fue muy amplia; en 1746, al morir su padre, deja temporalmente la universidad y para mantenerse se hace tutor de infantes y jóvenes de las familias ricas de la ciudad. Fue, además, durante muchos años profesor en la Universidad de Koenigsberg, con lo cual acumula la experiencia suficiente para validar su propuesta pedagógica. J. G. Herder lo expresa de esta manera: “la historia del hombre, de los pueblos y de la naturaleza, la ciencia natural, la matemática, la experiencia: tales eran las fuentes con que este filósofo animaba sus lecciones y su trato. Nada digno de ser conocido era indiferente para él; ninguna cábala, ninguna secta, ninguna ventaja personal, ninguna veleidad de fama ejerció jamás sobre él ningún encanto comparable al deseo de extender e iluminar la verdad. Animaba a sus discípulos y los coaccionaba gratamente a pensar por cuenta propia; el despotismo repugnaba a su modo de ser” (Cassirer: 1974:106).

2. Acerca de la construcción de la moralidad en el hombre

Nosotros vivimos en una época de disciplina, de cultura y de civilización, pero no todavía de moralización. En la situación actual, se puede decir que la felicidad de los estados crece al mismo tiempo que la desgracia de los hombres. Y cabe preguntarnos, si seríamos más felices en estado primitivo sin toda la cultura actual. En verdad, “¿cómo puede hacerse felices a hombres si no se les hace morales y sabios? En ninguno de los casos la cantidad del mal ha sido reducida” (Kant: 2004:56).

Los comentarios 1 y 2 mostraron, entre otros conceptos, que la educación escondía el tesoro o, para decirlo con Kant, el secreto o la llave de la felicidad humana. El hombre llega a ser lo que es gracias a la educación (Kant: 2004:53). Que la afirmación: la educación puede desarrollar en el hombre todas

sus predisposiciones naturales, es verdaderamente absoluta (Kant: 2004:51). Que, por consiguiente, esta idea, a pesar de los obstáculos en el camino, es viable en la medida que “sea perfeccionada por muchas generaciones” (Kant: 2004:53). Sin embargo, el mejoramiento de sí mismo, deber fundamental del hombre, es “el problema más grande y difícil que pueda proponérsele al mismo” (Kant: 2004:52) y que, por ende, la pedagogía tiene que ser el arte razonado, es decir, el conjunto de reglas, consejos, máximas racionales que le faciliten al ser humano concretar su autonomía personal alrededor de los dieciséis años.

La evaluación de los resultados de los procesos educativos de su época muestran la añoranza de Kant por una sociedad de hombres más felices. Se ha avanzado en disciplina, cultura y civilización; pero no en moralización. Lo que hace feliz al hombre, individual y socialmente, es el ejercicio de una vida moral acorde con las predisposiciones naturales que la Providencia ha puesto en cada uno de nosotros.

Lo esencial: la felicidad de los hombres está muy lejos de haberse conseguido. No sería mejor habernos quedado en el estado primitivo sin toda la cultura actual, se pregunta Kant en forma retórica. Ya se había planteado: en relación con nuestra cultura se constata, haciendo las salvedades del caso con en el tiempo de Kant, el mismo carácter asimétrico entre, desarrollo científico y tecnológico (cultura y civilización) y ética. ¿Hemos crecido en felicidad? Sí, muchos estados han crecido en “producto interno bruto”; pero no en la felicidad de la gran mayoría de sus habitantes. La pregunta de Kant no ha dejado de ser estéril –¿cómo puede hacerse felices a hombres sino se les hace morales y sabios?– en buena parte porque esta es una trama presente en todos los estudios de la ética, desde Aristóteles hasta el presente. “Porque no hay función del hombre –escribe Aristóteles– que posea tal permanencia como las actividades virtuosas (las cuales se consideran más duraderas que el conocimiento de las ciencias), y entre estas mismas las de más valor son las más duraderas, porque los que son felices pasan su vida entregados a ellas con el mayor gusto... y sobrellevarán las alternativas de la vida con la mayor nobleza y de manera perfectamente decorosa, si son verdaderamente buenos y fuertes contra todo reproche” (Aristóteles: 1968:176). Se puede ubicar a los filósofos de la moral en dos grandes apartados, quienes coinciden con Aristóteles en la necesidad de dedicarle una juiciosa reflexión a la cuestión de la felicidad humana, como el bien por excelencia y por considerarla asunto de fondo de la ética y quienes, sin eludir el tema de la felicidad, plantean otras vías de solución. La pregunta de Kant, no es únicamente ética, es sobre todo pedagógica: ¿cómo

hacer para que los hombres sean morales y sabios, puesto que en esto radica el secreto de la felicidad humana? Es obvio que para Kant un sabio es aquel que identifica su vida con la virtud y con la realización de su propia esencia mediante actividades racionalmente conducidas. Se debe distinguir entre sabio y erudito. El erudito(a) es quien tiene un amplio dominio informativo sobre diferentes tópicos de un área o varias del conocimiento. Esta erudición no, necesariamente, garantiza una práctica acorde con la virtud. Algunos de los que hoy en Costa Rica enfrentan cargos por corrupción, por ejemplo, son considerados eruditos en sus específicos campos profesionales. “Un hombre –señala Kant muy en consonancia– puede ser físicamente cultivado, puede tener un espíritu muy formado, y sin embargo, tener una mala cultura moral siendo así una criatura perversa” (Kant: 2004:72). El sabio(a) por el contrario, lo es gracias a una vida plena de virtudes que tampoco es ajena a la erudición. Moisés, Buda, Jesús, Mahoma, Ghandi, etc., fueron seres humanos sabios y eruditos en el contexto de sus momentos históricos. Con estos criterios se puede afirmar que, en última instancia, la finalidad de la pedagogía kantiana consiste en el proceso de constituir en cada uno de nosotros el ser moral; así como en E. Durkheim la tarea pedagógica tiene como finalidad la constitución del ser social (Cordero y otros: 1993:23-24). En el primer caso, el énfasis es ético o moral, en el segundo, eminentemente sociológico. Ahora bien, ¿cuál es el desafío fundamental que tiene que enfrentar un proceso pedagógico que pretenda contribuir a generar en cada uno de nosotros el ser moral? Kant lo plantea así: “el hombre tiene una inclinación tan grande hacia la libertad que cuando se ha acostumbrado por mucho tiempo a ella, le sacrifica todo... De ahí, pues, que el hombre se deba acostumbrar desde muy joven a someterse a los preceptos de la razón. Cuando en la juventud se le permite hacer su voluntad y no se le contraría en nada, conserva un cierto salvajismo el resto de su vida” (Kant: 2004:48-49). La estrategia pedagógica kantiana descansa en dos momentos cruciales para hacer que la libertad humana se incline siempre por el bien y combata el egoísmo, fuente de la maldad humana. La aplicación, en primer lugar, de una estricta disciplina en la infancia y juventud que consiste en impedir que esa inclinación excesiva por la propia libertad se fortalezca. Esta es la dimensión negativa o pasiva de la educación. El infante, guiado por el adulto o los adultos responsables de su formación, se siente inclinado a enfrentar sus circunstancias vitales de tal manera que no sea presa de las malas costumbres. Esta dimensión es pasiva desde el sujeto, esto es, el infante, puesto que son otros los que piensan por él. El infante aprende una serie de conductas positivas en el mismo ejercicio disciplinario que se le impone, con cordura, astucia y racionalidad. Kant dedica una importante cantidad de reflexiones que

se convierten en recomendaciones debidamente fundamentadas de cómo los padres y adultos deben tratar a los infantes en este período en que domina la educación pasiva. El objetivo principal de la misma es el endurecimiento de los infantes. “Observemos la naturaleza y sigamos la senda que nos señala. La naturaleza ejercita sin cesar a los niños, endurece su temperamento con todo género de pruebas y les enseña muy pronto qué es pena y dolor. Los dientes que les nacen les causan fiebre; los atormentan las lombrices. Casi toda la primera edad es enfermedad y peligro. Hechas las pruebas, ha ganado fuerzas el niño, y tan pronto como puede usar de la vida, tiene más vigor el principio de ella” (Rousseau: 1970:29). Kant, en la línea de Rousseau lo dice así: “un lecho duro es mucho más saludable que un lecho blando. Una educación enérgica sirve sobre todo al fortalecimiento del cuerpo, y entendemos por educación enérgica la que impide actuar por simple satisfacción” (Kant: 2004:67). Lo esencial es que el infante no llegue a tener conciencia alguna de las normas o las máximas, en esta fase. Si sigue una conducta inapropiada debe enfrentar la reprimenda o el castigo proporcional a la falta por parte de los otros. Esta dimensión de la educación es una condición, sine qua non, para la formación de la moralidad, puesto que en la primerísima infancia, los infantes dependen del entorno material y humano, no tienen estimuladas, todavía, sus disposiciones racionales y emocionales para decidir por sí mismo y para hacer el bien por el bien mismo. La formación de la conciencia moral va a ser el fruto de una educación que tiene como norte principal la especie humana. El ejercicio de la libertad establece una distinción radical entre los animales y el hombre.

Por eso, los animales no son objeto de educación sino de adiestramiento. No son capaces de moralidad. “La educación práctica o moral (se llama práctico todo lo que se relaciona con la libertad) es la adquisición de la cultura, que el hombre necesita a fin de poder vivir como ser libre; es la educación de la personalidad, la educación de un ser libre que puede bastarse a sí mismo y ocupar su lugar en la sociedad, pero que también es capaz de mantener por sí mismo valores interiores” (Kant: 2004:59). En otras palabras, el fin de la educación moral es el desarrollo y perfeccionamiento de la libertad humana que se sustenta en la autonomía individual de cada persona. Para Kant esta educación tiene que comenzar a una temprana edad para fortalecer cualquier desviación que la educación pasiva, basada en la disciplina, no haya podido subsanar. Existen, de hecho, muchos aspectos sobre los cuales los niños no tienen por qué buscar una explicación racional a su comportamiento y “sin embargo, es necesario hacerles conocer los principios de todo cuanto se relaciona con el deber” (Kant: 2004:79). La idea de actuar por el deber no puede estar ausente en la vida de los hombres una vez pasada la primera infancia.

Conviene convencer a los niños de la bondad de realizar aquello que les resulta incómodo o desagradable por el deber de hacerlo, sin que ello implique, todavía, la comprensión racional de su accionar. Esta medida será de gran utilidad durante la vida, sobre todo cuando como profesional deba encarar situaciones laborales y sociales adversas que solo el cumplimiento del deber le conducirá a obrar correctamente. Si la moralización tiene como propósito el desarrollo y perfeccionamiento del ejercicio de la libertad; su progresiva maduración solo se puede alcanzar si se basa en máximas. Kant nos explica, “todo estará perdido si se quieren fundamentar estas máximas sobre ejemplos, amenazas, castigos, etc. Entonces será mera disciplina. Se debe buscar que el estudiante actúe bien de acuerdo con sus propias máximas y no por costumbre, y que no solamente practique el bien, sino que lo haga porque es el bien. Así, pues, todo el valor moral de la acción radica en las máximas del bien” (Kant: 2004:77-78). El niño y el joven a lo largo de su proceso de formación, tiene que aprender a valorar sus acciones y sus consecuencias con base en la idea del deber. En este sentido, Kant señala “que el primer propósito de la educación moral consiste en cimentar el carácter. Por carácter se entiende la destreza de actuar según máximas. Al comienzo se trata de las normas de la escuela y, más tarde, de las máximas de la humanidad” (Kant: 2004:82). Actuar en concordancia con determinadas reglas, normas o máximas contribuye a construir la conciencia moral. Una de estas máximas, que Kant considera básicas en la educación moral, es que los niños, a una temprana edad, puedan distinguir entre lo bueno y lo malo. El hacer el bien y evitar el mal es un ejercicio de obediencia, que es el primer paso de la formación del carácter puesto que, en el fondo, “es un acto de obediencia doble: en primer lugar, es acatamiento a la voluntad absoluta de quien lo dirige; en segundo lugar, es también una obediencia a una voluntad reconocida como razonable y buena” (Kant: 2004:83). Siempre habrá que acatar normas, leyes, preceptos del estado, la iglesia, el partido político, etc. y siempre habrá que tomar una decisión producto de una voluntad razonable y buena. Luego de la obediencia, Kant propone la veracidad como un segundo rasgo fundamental en la formación del carácter: “un hombre que miente carece de carácter, y si tiene algo bueno en sí proviene de su temperamento” (Kant: 2004:85). El tercer elemento básico en la formación del carácter es la sociabilidad: “el niño debe mantener relaciones de amistad con los demás y no encerrarse en sí mismo” (Kant: 2004:86). Obediencia, veracidad y sociabilidad se conjugan para formar el carácter del infante y del joven con el fin de que pueda estar preparado para seguir las máximas de la humanidad. Ahora bien, dejando de lado el pequeño tratado de recomendaciones pedagógicas para la formación en las virtudes, se analizará la segunda parte de este opúsculo, en el

contexto de la construcción de la educación moral que se está comentando, Kant define que la máxima de las máximas es el deber. El deber lo analiza para consigo mismo y para con los demás. “El deber para consigo mismo consiste en que el hombre preserve en su propia persona la dignidad del género humano” (Kant: 2004:90). Este texto nos remite, sin duda, al célebre imperativo categórico kantiano, “Obra únicamente conforme a la máxima que hace que puedas querer al mismo tiempo que se convierta en ley universal” (Kant: 1994:92). “Es obrar conforme a la humanidad, en vez de hacerlo conforme a mi querido y pequeño yo, obedeciendo a la razón antes que a mis inclinaciones o a mis intereses” (Comte-Sponville: 2002:25-26). La coherencia, en consecuencia, entre la ética kantiana y su propuesta pedagógica se cimenta en la apuesta de Kant en una organización pedagógica que facilite las condiciones necesarias para la consecución de una cultura moral. Esta vinculación (ética-educación), evidentemente, amerita un cuarto comentario que queda planteado para otro momento. En cada acción o actividad cada uno debe hacerlo como si la dignidad de la humanidad estuviera sometida a evaluación. Por eso, señala Kant, “cada vez que nos entregamos a la bebida, cuando nos libramos a faltas contra la naturaleza, o cuando cometemos cualquier tipo de exceso, etc., todo lo cual coloca al hombre por debajo de los animales, la dignidad de la especie humana queda cuestionada” (Kant: 2004:90). Los deberes con los demás implican la enseñanza y el aprendizaje del respeto, la compasión, la veneración de los otros sustentado en sus derechos. La cúspide de la moralización, de la cultura moral como dice Kant, está determinada por el deber. “El niño no debe rebosar de sentimiento, sino de la idea de deber” (Kant: 2004:92). El hombre moral es el que actúa según reglas o máximas. Estas máximas son leyes que provienen del mismo entendimiento humano, son las normas que hacen posible la libertad en cuanto que ella, con sus decisiones buenas, obedece el buen juicio de su razón que es iluminada por la regla suprema del deber. No es, entonces, el sentimiento, el gusto particular o el placer quien funda la moral; esta se funda en la misma razón humana que admite, sin explicaciones ulteriores, que el deber consiste en reconocer en su propia persona la dignidad de la humanidad, como ya se dijo. “¿Es el hombre bueno o malo por naturaleza? –se pregunta Kant–. Ni lo uno ni lo otro, pues el hombre no es en modo alguno un ser moral por naturaleza, el hombre no llega a ser moral sino solo cuando eleva su razón a las ideas de deber y de ley... El hombre solo puede llegar a ser moral –continúa– a través de la virtud, esto es, mediante la autoviolencia” (Kant: 2004:94). Kant no desconoce lo difícil que es aprender a vencerse a sí mismo. Utiliza, con toda intención la expresión autoviolencia, pues con ella da a entender el duro camino que le espera a todo ser humano en la superación de esa sutil, fuerte

e irracional inclinación por su propia libertad, esto es su egoísmo. Desde este punto de vista, según Kant, solo el seguimiento de las reglas, pedagógicamente ordenadas, en función de las necesidades específicas de cada quien, abre la posibilidad de una cultura moral. Al final, la educación o la pedagogía, como arte razonado, es el único camino que nuestro autor admite como capaz de elevar a todos los seres humanos de la animalidad a la racionalidad moral. Tamaño desafío para la humanidad: ¿será posible culminarlo algún día, a sabiendas, que doscientos años después de haber sido propuesto por Kant, no se avizora salida posible?

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles. *Ética a Nicomaco*. Tomo 3. Clásicos Jackson Editores. México, 1968.
- Cassirer, E. *Kant, vida y obra*. Fondo de Cultura Económica. México. 1974.
- Comte-Sponville, A. *Invitación a la Filosofía*. Paidós. Buenos Aires. 2002.
- Cordero, G. y otras. *Educación, Sociedad y Comunicación*. Antología. Fundación Universidad Nacional. 1993.
- García, J. *Kant y su lectura de la educación como tema filosófico*. En CD/Rom. 2004.
- Kant, I. *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Espasa-Calpe. Madrid. 1994.
- Kant, I. "Tratado de Pedagogía". *Revista Educación Hoy* N° 159. Bogotá. 2004.
- Merani, A. *Naturaleza Humana y Educación*. Grijalbo. México. 1972.
- Rousseau, J. J. *Emilio o la Educación*. Editorial Universo, S. A. Lima. 1970.
- UNESCO. *La Educación encierra un tesoro*. Santillana Ediciones, UNESCO. París. 1996.

